

este sacrificio, mío y vuestro, sea agradable á Dios, Padre todopoderoso.

El Señor, contesta el ministro en nombre del pueblo, reciba de tus manos el sacrificio, para alabanza y gloria de su nombre y también para nuestra utilidad y para la de toda su Iglesia santa.

Amen. Haga el cielo que sea verdaderamente así.

Entonces el sacerdote, extendidos los brazos, recita una ó varias oraciones, llamadas *secretas* porque se dicen en voz baja; es la oración del misterioso silencio que va á envolver el inefable acto del sacrificio. En esta oración se pide generalmente que el pan y el vino sean convertidos en el cuerpo y la sangre del Redentor, por un efecto de su omnipotencia, y que nuestra alma, bajo el pincel de la gracia, si así me es lícito expresarme, venga á ser exactísima imagen del alma de Jesucristo.

« La *secreta*, dice san Alfonso, es una oración sobre las ofrendas del pan y del vino que han de transformarse en el cuerpo y en la sangre de Jesucristo; por esto la Iglesia ruega al Señor que los bendiga, y los haga provechosos, no sólo para los que los presentan, sino también para todos los fieles (1). »

Según san Buenaventura, « la *secreta* significa aquella oración hecha en la soledad (por Nuestro Señor Jesucristo) y durante la cual corría por su cuerpo un sudor de sangre (2). »

PERORACIÓN.— Voy á concluir, carísimos hermanos míos. En el Sacrificio de la Misa es donde santa Isabel, reina de Turingia, iba á buscar todas las fuerzas sobrenaturales que necesitaba para entregarse, con una abnegación sin límites, á las obras de caridad. Nada más admirable que la humildad con que se anonadaba ante la majestad del Rey de los cielos. Veíase aumentar su devoción de un momento á otro, sobre todo durante las partes principales de la Misa. Esto hacía, hermanos míos, que á la vista de aquella heroica cristiana, hasta las personas más indiferentes se sintiesen impelidas á la piedad.

(1) *Explic. abbrev. miss.*

(2) *Expos. miss.*

¡Permita Dios, hermanos míos muy amados, que podais poner en práctica las resoluciones que un ejemplo tan magnífico os debe hacer tomar! Así sea.

INSTRUCCION VIGESIMONOVENA.

EL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA.

INSTRUCCION CUARTA.

CONSAGRACION DE LAS SANTAS ESPECIES.

TEXTO. — *Hoc est corpus meum... Hic est sanguis meus...* Este es mi cuerpo... Esta es mi sangre...

(SAN MATEO, CAP. XXVI, VERS. 26 Y 28.)

EXORDIO. — Al fin de mi instrucción anterior, hermanos míos muy amados, os hablé de la *secreta*, oración así llamada porque se reza en voz baja, desde el principio hasta el fin, á excepción de estas cuatro palabras de la conclusión: *per omnia sæcula sæculorum*.

El sacerdote está ya, al parecer, encerrado en el Santo de los Santos, lejos de los fieles, de suerte que, para inducirles á unirse con él, tiene naturalmente que levantar la voz.

PROPOSICIÓN. — En esta ocasión vamos á meditar sobre la cuarta parte del santo Sacrificio.

DIVISIÓN. — Ésta comprende el *Prefacio*, el *Sanctus*, las oraciones anteriores á la consagración, la *Consagración*, las oraciones posteriores á ésta, y el final del cánon. Estos diferentes puntos, hermanos míos, exigen aclaraciones de mi parte, y recojimiento de la vuestra.

PUNTO PRIMERO. — Apoyadas las manos en el centro del altar, exclama el oficiante: *por todos los siglos de los siglos*.

Por estas palabras, que recuerdan la eternidad, debemos comprender que nada terrenal se opera aquí, que tiene lugar en las alturas

cielos, y que el asunto de nuestra salvación se negocia delante del trono del Rey de los reyes. Es como si el sacrificador dijese á los asistentes : « Estoy en el santuario del Paraíso, donde Dios me reconoce por vuestro mediador y me trata como á enviado vuestro; alejad las ideas mundanales y pensad en las cosas eternas. ¿ Me oís? »

— « Sí, contesta el acólito en nombre del pueblo, Ministro del Altísimo, es tal como tú dices; el acto que ejecutas es realmente el más divino de todos; á él apartaremos nosotros las disposiciones correspondientes. *Así sea.* »

— « *El Señor sea con vosotros,* » prosigue el sacerdote, pero sin volver, como las otras veces, la cabeza hácia los fieles, porque acaba de ponerse en comunicación íntima con Dios y no conviene interrumpirla ni por un segundo. « ¡ Oh Cristianos! El Señor está muy cerca; no os le haga perder de vista la distracción; venga él á vuestro corazón antes de descender sobre el altar, y permanezca para siempre con vosotros. »

— « *Sea igualmente con tu espíritu,* » dice el acólito; delegado de Cristo, vas á tenerle en tus manos; ¡ ah! ponga él mismo en tu espíritu lo que tienes que pedirle para nosotros.

Levantando los brazos hácia el cielo, como para mostrar á los fieles á donde han de dirigir sus aspiraciones, el pastor exclama : ¡ *Elevad los corazones; sursum corda!* Suspirad, hermanos míos, por la gracia, como un suelo árido por la lluvia; buscad, según la recomendación del Apóstol, las cosas de lo alto; no os admiréis tan fuertemente á los bienes de este mundo: preferid los dones del cielo á los de la tierra; no humilleis vuestros corazones al nivel de las pasiones.... ¿ Qué contéis?.

— « Los tenemos elevados hácia el Señor; *habemus ad Dominum* ; Y bien! si realmente es así, la primera cosa que tenemos que hacer es dar públicamente gracias al Eterno, á quien lo debemos todo; demostrémosle pues, todos juntos, la más viva gratitud. Sí, prosigue el sacrificador, haciendo una inclinación de cabeza y uniendo las manos sobre el pecho, como para excitarse al más profundo reconocimiento : *Demos gracias al Señor nuestro Dios; gratias agamus Domino Deo nostro.*

— « *Es digno y justo,* contesta el pueblo; *dignum et justum est.*

— « En efecto, nunca se repetirá lo bastante; *es verdaderamente digno y justo, equitativo y saludable,* prosigue el celebrante, dar gracias á Dios por Jesucristo, que es el único que se las puede dar dignamente por la salvación y por los muchos beneficios otorgados á los hombres lo mismo que á los ángeles, que le dan gracias asimismo, por todos los dones que se les han hecho. Finalmente el sacerdote ruega á Dios que se digne recibir nuestras alabanzas unidas á las de los espíritus bienaventurados, que glorifican á Dios, clamando : *Sanc-tus, sanctus, sanctus, Dominus Deus Sabaoth* (1). »

PUNTO SEGUNDO — Terminado el prefacio, el acólito da un toque de campanilla para anunciar que va á efectuarse inmediatamente la consagración; y después el sacrificador se inclina diciendo en voz alta el *himno angélico y triunfal*; y es cosa apropiada el llamarle así, porque la primera parte se compone de las palabras que el profeta oyó cantar á coro por los serafines (2), delante del trono del Eterno, y que el Evangelista oyó repetir á los santos, noche y día, al pié del altar de los cielos; y la segunda parte no es otra cosa que la repetición de los transportes de alegría y gritos de triunfo que resonaron en las calles de Jerusalén, cuando la entrada del Salvador de los hombres.

La Iglesia de la tierra es pues el eco del cielo, cuando con todo el respeto posible exclama : ¡ *Santo, santo, santo es el Señor Dios de los ejércitos!* Con esta triple aclamación queremos, con nuestra Madre, afirmar que el Señor es santo millares y millares de veces... ¡ qué digo!... Santo hasta lo infinito, santo por toda la eternidad. Reduciendo estas exclamaciones á tres, proclamamos la gloria de las tres Personas distintas en Dios, y tan perfectas la una como la otra: y diciendo, nó los *Señores*, sino el *Señor*, pregonamos la unidad de Dios, en la Trinidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Es el Dios de los ejércitos, es decir, el Dueño de todas aquellas miríadas de ángeles que forman la milicia celestial, y que sostuvieron su causa y vengaron su

(1) S. Alf. M. de Ligorio, *Explic. abbrev. miss.*, t. XIII. pág. 71. edición Vivès.

(2) Isaías, cap. VI, vers. 3.

soberanía, contra Lucifer y sus rebeldes. Ved ahí, hermanos míos, las innumerables legiones de que es jefe el Altísimo; ellas montan sin cesar la guardia, si puedo expresarme así, al inmortal Rey de los siglos, y ayudan á los hombres á precaverse de los asaltos del príncipe de las tinieblas.

¡Oh monarca omnipotente! Preciso es reconocer que *el cielo y la tierra están llenos de vuestra gloria*, porque vuestro Hijo, en quien se concentran las adoraciones de los ángeles y de los hombres, os tributa honores tales que llenan el universo y el paraíso, y que no podéis desearlos mayores ni más agradables: en efecto, Jesús mismo es quien os dice: *¡Hosanna in excelsis! ¡gloria á Dios en las alturas del cielo!* Y como este amable Salvador fué enviado por vos, nosotros nos complacemos en repetirle: *Benedictus qui venit in nomine Domini: Bendito sea el que viene en nombre del Señor; glorificado sea en el centro de los cielos; ¡hosanna in excelsis!*

Pero observad una cosa, carísimos hermanos míos. Como que el *Sanctus* es un testimonio de adoración, el sacerdote al recitarlo permanece inclinado, mientras que para decir el *Benedictus*, que es un grito de alegría, se endereza; después se santigua, en atención á que, gracias á la cruz, es por lo que participamos de las bendiciones traídas á la tierra por el Redentor.

PUNTO TERCERO. — Desde este momento hasta al *Pater noster*, el oficiante dirá todas las oraciones en voz baja. Es el silencio de la adoración, la hora del secreto, el instante del misterio. Bueno es, dice el profeta, aguardar en silencio de Dios la salvación. En medio de la noche, en la calma más profunda de la naturaleza, observa el libro de la Sabiduría, es cuando el Verbo omnipotente se lanza del trono eterno para venir á habitar entre nosotros. En el fondo de la soledad fué donde Jesucristo multiplicó los panes; en el retiro del cenáculo fué donde instituyó la Eucaristía; delante de sus jueces se calló; en medio de las vociferaciones de sus adversarios, no despegó los labios; en el suplicio, marchó tranquilo como un cordero; bajo el acero deicida, no lanzó ni un solo grito. Para recordarnos estas diversas circunstancias es por lo que se dicen las oraciones en voz baja desde el *Sanctus* hasta cerca del *Cánon*. Esta palabra griega significa *regla* ú *orden*; es

un conjunto de oraciones así llamado, porque su número es fijo y su orden invariable. A esta parte del Sacrificio se la llama también, la *oración*, la *acción*, el *misterio de la acción santísima*, es decir, la reina de las oraciones, la acción por excelencia, el misterio de los misterios.

El cánon de la Misa refiere la sublime historia del *acto* del Salvador instituyendo la Eucaristía, y las palabras sacramentales que empleó, y que prescribió á sus discípulos, y que los sucesores de éstos debían emplear, para consagrar el pan y el vino transformándolos en su cuerpo y en su sangre.

Todas estas oraciones, dice el Concilio de Trento, se componen de las palabras de Jesucristo, de las tradiciones de los apóstoles, y de las ordenanzas de los pontífices. Estas palabras elevan el alma, consuelan el corazón y alimentan la piedad. Pero; cuántos Cristianos las encuentran fastidiosas! ¡Ah! es que han renegado casi de la fé; es que no son ya amigos, sinó enemigos de Dios. Antes de entrar en el detalle de las explicaciones que aquí debo daros, carísimos hermanos, haré una observación general para evitar repeticiones. Hay ceremonias que se repiten constantemente: tales son las diferentes posturas del sacrificador: éste está tan pronto de rodillas como de pié; tan pronto tiene juntas las manos como extendidos los brazos. Recordad que el sacerdote representa dos caracteres, el de lugarteniente de Cristo y ministro de la Iglesia, y el de hombre y pecador. Como representante del Salvador y delegado del pueblo, está derecho y con la cabeza alta; esta actitud corresponde á un mediador; extiende los brazos á ejemplo de Jesucristo en la cruz, orando como él en esta conmovedora actitud. Como hombre y pecador, se baja, junta las manos, las tiene atadas, por decirlo así, á manera de un criminal. Todos estos gestos y todas estas posturas afectan en gran manera los sentidos de los fieles, y les representan al vivo lo que pasa. Esto es precisamente lo que la Iglesia quiere, porque sabe que el hombre no es un puro espíritu, y que conviene hablar á sus ojos tanto como á su inteligencia.

PUNTO CUARTO. — Vengamos pues á las oraciones que preceden inmediatamente á la *consagración* ó *elevación*, si lo preferís. Estas son en número de cinco. Repetiré á san Alfonso María de Liguori en la brevísima explicación que da de ellas. Con todo y ser breve, os pareceré lar-

go, pero apelo á vuestra paciencia; pensad por otra parte que cada una de estas oraciones podría dar materia para un discurso.

La primera empieza así: *Rogámoste pues y pedímoste humildemente, Padre clementísimo, por Jesucristo, Hijo tuyo...* Aquí « el sacerdote ruega al Padre eterno, en nombre de toda la Iglesia, y por los méritos de Jesucristo, que acepte y bendiga las ofrendas que se le hacen y que titula dones, presentes, sacrificios sin mancha; palabras que designan, no solamente el pan y el vino ofrecidos, sinó, por anticipación, el cuerpo y la sangre de Jesucristo, en que deben ser en breve transformadas; por esto se las llama sacrificios sin mancilla... En seguida, se ofrece el sacrificio primeramente para la Iglesia católica, rogando á Dios que la conserve en paz, la guarde, la bendiga y la gobierne por medio de sus pastores, dándoles la infusión (las luces) de su Espíritu Santo. Hay que observar que las oraciones que en el altar se hacen para la Iglesia deben dirigirse al Padre... nó porque se excluya de estas oraciones á las otras Personas divinas, sinó porque á todas se las considera en la Persona del Padre que es su primer principio y de quien proceden. Por esto es que la Iglesia tiene la costumbre de rogar al Padre con el Hijo en el Espíritu Santo».

Ved las primeras palabras de la segunda oración. *Acuérdate, Señor, de tus siervos y de tus siervas...* En el *memento* de los vivos « el sacerdote encomienda primeramente á Dios todas las personas para quienes quiere orar: después, todos los asistentes que ofrecen el sacrificio con él, y todos sus parientes y amigos... Se dice: (acuérdate de aquellos cuya fé te es conocida, para dar á entender que, para recoger el fruto del sacrificio, se debe tener fé y devoción... Se añade: (acuérdate de aquellos que ofrecen este sacrificio de alabanza) *por la redención de sus almas*, (porque) el primer efecto del sacrificio de la cruz que se nos aplica por la Eucaristía, es la liberación de la tiranía del demonio. Se dice además: (acuérdate de aquellos que te ofrecen este sacrificio de alabanza) *por la esperanza de su salvación*, porque estas palabras comprenden todas las gracias espirituales y temporales que Dios concede, por medio de este sacrificio, con el cual podemos dar á Dios las acciones de gracias que le debemos.»

Empieza así la tercera oración: Participando de una misma comu-

nión, y venerando en primer lugar la memoria de la gloriosa siempre Virgen María... « Esta oración se hace como para entrar en comunión con toda la Iglesia triunfante. Por esto se venera, en primer lugar, á la Madre de Dios, después á los apóstoles, luego á los mártires y á todos los demás santos, por cuyos méritos é intercesión pedimos á Dios que nos proteja en todas nuestras necesidades, porque nosotros, que somos viajeros en este lugar de destierro, formamos un solo cuerpo con los santos, y ofrecemos á Dios, con ellos, el mismo sacrificio, en el mismo espíritu.»

Rogámoste pues, Señor, que recibas propicio esta ofrenda de nuestra servidumbre... Tal es el principio de la cuarta oración. « El sacerdote extiende las manos sobre el pan y el vino, y en nombre de Jesucristo que nos libró del poder del demonio, ruega á Dios... que nos haga gozar de paz en esta vida, que nos preserve del infierno, y nos coloque en el número de los elegidos (1).»

Respecto á la quinta oración vedla ahí toda entera: Te rogamos, oh Dios, te dignes hacer que esta oblación sea en todo bendita, admitida, ratificada, razonable y agradable, á fin de que se convierta para nosotros en cuerpo y sangre de tu amadísimo Hijo Jesucristo Nuestro Señor.

Carísimos hermanos, cuando habran sido pronunciadas sobre el holocausto las palabras sacramentales, lo que se hizo durante la vida del Redentor se renovará de un modo místico en el Sacrificio de la Misa. La víctima bendita en su Encarnación, admitida en la expiación, cuando su entrada en el mundo, ratificada por la elección de Dios, reconocida suficiente para su justicia consumada sobre el Calvario muy diferente de las groseras víctimas del templo de Jerusalén, hecha espiritual por su Resurrección, y puesta, en el día de su Ascensión, á la diestra del Padre, á quien es infinitamente agradable; esta Víctima divina volverá á encontrarse sobre el altar, después de la consagración, con las mismas cualidades que acabo de enumerar.

En cuanto á los fieles, lo que la Iglesia pide para ellos en la antedicha oración es que sean unidos á Cristo, como los miembros al jefe; que Dios

(1) S. Ligor., *Explic. abbrev. miss.*, edición Vivès, t. XIII, pág. 71 y siguientes.

les transforme, por su gracia, como va á transformar, por su poder, el pan y el vino; que les haga partícipes de sus bendiciones y les admita en su amistad; que les confirme en la práctica del bien, y ratifique su inscripción en el libro de vida, que les desligue de las cosas materiales y perecederas, y haga de ellos adoradores en espíritu y en verdad; en una palabra, que se los haga agradables, por la aplicación cada día más exacta á hacer su voluntad en la tierra, como la hacen los ángeles en el cielo.

Entonces es realmente, hermanos míos muy amados, cuando el cuerpo y la sangre de Jesucristo serán para nosotros el precio de la salvación y la prenda de la felicidad.

A propósito de las ceremonias que acompañan á la oración quinta antes de la *consagración*, nos dice el doctor seráfico: « Conviene investigar por qué motivo se hacen cinco señales de la cruz sobre el cáliz y la hostia... Es para designar los diversos tormentos que Cristo padeció por nosotros... Sufrió en los cinco sentidos. En la vista, por la venda; en el oído, por el escarnio; en el gusto, por el breva de hiel y vinagre; en el olfato, por las exhalaciones cadavéricas del Calvario (donde se enterraban los ajusticiados); y por último en el tacto, por la introducción de los clavos (1)... »

Si, y terminando la oración, eleva las manos el sacerdote, es como para atraer á Jesucristo desde el cielo á la tierra; y si las junta sobre su corazón, es como para apropiarnos los méritos de este Dios que viene por nosotros.

PUNTO QUINTO.—Vednos, hermanos míos, en el momento el más solemne de todos, en que el Redentor va á inmolarse sobre el altar, de un modo incruento, cual en otro tiempo se sacrificó de una manera cruenta sobre la cruz. El sacerdote enjuga sobre el corporal el pulgar y el índice de las dos manos, que mantendrá unidos hasta después de la comunión en señal de profunda reverencia por el adorable cuerpo del Salvador, en cuyo nombre únicamente habla ahora; ya no obra el hombre, sino Dios; es Jesucristo, Nuestro Señor, quien consagra por boca de su ministro. Ésta es, hermanos míos muy amados, y nó otra, la ocasión de decir:

(1) S. Buenav., Expos. miss., cap. IV.

¿Quién referirá el poder del Altísimo? ¿Quién publicará la magnificencia de su obra? ¿Quién cantará la grandeza de su misericordia? Confesémoslo, Cristianos; ante estas maravillas, la imaginación se turba, el espíritu se pierde, la voz falta; no nos queda más que anonadarnos á los piés del Rey de los reyes. Contentémosnos pues con la sencilla, pero sublime exposición del acto de Jesucristo, en la última cena.

La víspera de su pasión tomó el pan en sus santas y venerables manos, y levantados los ojos al cielo, á ti, Dios, su Padre Omnipotente, dándote gracias, le bendijo, le partió, y le dió á sus discípulos, diciendo: Tomad y comed todos de ésto, PORQUE ÉSTE ES MI CUERPO.

Inmediatamente el sacrificador se prosterna, en señal de adoración; después, enderezándose, eleva, cual se hizo en el Calvario, esta hostia que contiene á un Dios bajo la apariencia del pan que ya no existe. La campanilla con su sonido dice á los fieles: ¡de rodillas! ¡bajad la cabeza! ¡golpead vuestro pecho! ¡anonadáos en presencia del Eterno!

Del mismo modo, después de haber cenado, tomando también este precioso cáliz en sus santas y venerables manos, dándote igualmente gracias, le bendijo, y le dió á sus discípulos, diciendo: Tomad y bebed de él todos, PORQUE ÉSTE ES EL CALIZ DE MI SANGRE, (sangre) de la nueva y eterna alianza, misterio de fé, que será derramada por vosotros y por muchos, para la remisión de los pecados. Todas las veces que hiciereis estas cosas, las hareis en memoria de mí.

Después, las mismas ceremonias y adoraciones de antes. Pero no olvidéis jamás, hermanos míos, lo que os voy á decir. Las irreverencias que se cometan durante la *elevación* no son simples irreverencias, son infamias.

El sacrificio está pues ofrecido, y debe creerse así. El venerable párroco de Ars, que hizo más de un milagro, decía: « Después de la consagración, cuando tengo en mis manos el cuerpo santísimo de Nuestro Señor Jesucristo, y cuando estoy en mis horas de desaliento, no viéndome digno más que del infierno, me digo: ¡Ah! si á lo menos pudiese llevarle conmigo, el infierno sería dulce á su lado, y no me sería costoso permanecer en él sufriendo por

toda la eternidad, si estuviésemos juntos allí... Pero entonces ya no habría infierno, las llamas del amor extinguirían las de la justicia. ¡ Cuán bello es! Después de la consagración, el Buen Dios está allí como en el cielo... Si el hombre conociese bien este misterio, moriría de amor. Dios nos asiste por razón de nuestra flaqueza. Un sacerdote, después de la consagración, estaba algo dudoso de que sus palabras hubiesen podido hacer descender á nuestro Señor sobre el altar; en el mismo instante vió la hostia totalmente roja y el corporal teñido de sangre.»

PUNTO SEXTO. — Después de la *consagración*, hermanos míos, hay, como antes, cinco oraciones cuyo sentido dejó también á san Alfonso el cuidado de explicarlos.

En la primera *Unde et memores* «el sacerdote hace memoria de la Pasión del Señor, de su Resurrección y de su Ascensión á los cielos: ofrece á la Majestad divina, en nombre de toda la Iglesia, la víctima consagrada, que titula *hostia pura*, exenta de todo pecado, *santa*, por su unión á la divinidad en la persona del Verbo; *inmaculada*, exenta de toda mancha; y por esto la llama enseguida pan santo de vida eterna y cáliz de perpétua salud. Mientras dice estas palabras, bendice el pan y el cáliz, haciendo la señal de la cruz.

« Lutero, en esta ocasión, ridiculiza á la Iglesia romana, y dice: « ¿ Cómo bendice el sacerdote á Jesucristo? ¡ La criatura bendice al Criador! » Se contesta que aquí el sacerdote bendice la hostia no ya por su autoridad ni en su nombre, sino en nombre y por la autoridad del Padre eterno, que es el único que puede bendecir á Jesucristo como hombre y como víctima. Tal fué la respuesta del papa Inocente III sobre este punto. Santo Tomás da otra respuesta; dice: « El sacerdote, después de la consagración, hace señales de la cruz, no para bendecir y consagrar, sino únicamente para recordar la virtud de la cruz y el modo de la Pasión de Jesucristo, que terminó en la cruz. »

En la segunda oración *Supra quæ propitio ac sereno vultu...* « el sacerdote ruega al Señor que acepte los dones del sacrificio de Abraham y del de Melquisedec. En los sacrificios de estos patriarcas, se considera más bien la santidad de los que los ofrecían, que el valor de las ofrendas. Esto significa que, si Dios aceptó sus sacrificios porque eran santos, con mucha mayor razón aceptará el sacrificio del Santo de los san-

tos, Jesucristo. Además, la Iglesia hace mención de estos tres sacrificios, porque fueron una excelente representación del sacrificio de la cruz. »

En la tercera oración *Supplices te rogamus...* « el sacerdote sigue orando á la Majestad divina, y le pide que la hostia consagrada sea llevada á la presencia de Dios por manos de su santo ángel, á fin de que todos los que reciban el cuerpo y la sangre de su Hijo sean colmados de toda suerte de bendiciones y gracias, por los méritos de Jesucristo. Según santo Tomás, el sacerdote hace esta oración por el cuerpo místico del Salvador simbolizado por la Eucaristía, para obtener que el ángel, que asiste á la celebración de los santos misterios, presente á Dios sus oraciones y las del pueblo. »

En la cuarta oración *Memento etiam Domine...* « el sacerdote ruega al Señor que se acuerde de sus siervos que han pasado á la otra vida; le ruega que les dé un lugar de refrigerio, de luz y de paz, por los méritos de Jesucristo. Cuando la caridad de las almas, que salen de esta vida, no es suficiente para purificarlas, el fuego del purgatorio suple esta insuficiencia; pero la caridad de Jesucristo las suple todavía mejor, por medio del sacrificio eucarístico, del cual las santas almas reciben gran alivio, y á menudo también un perdón eterno de sus penas... »

La quinta oración *Nobis quoque peccatoribus...* « la Iglesia la añade para todos los pecadores, á fin de que Dios se digne hacerles entrar en la compañía de los santos, por su divina misericordia (1). »

Al decir estas palabras *Nobis quoque peccatoribus; también á nosotros pecadores*, el sacerdote golpéase el pecho como el publicano; es el medio de ser justificado como el.

PUNTO SÉPTIMO. — Permitidme todavía, hermanos míos muy amados, dos ó tres minutos más.

El *cánon* de la Misa está precedido de un *prefacio* que es, por decirlo así, su exordio: justo es que tenga una *peroración* ó *epílogo*. ¿ Qué encierra ésta? Oigamos á san Alfonso de Ligorio: (En esta conclusión, la Iglesia) « pide á Dios que, así como creó el pan y el vino

(1) Ligor., *Explic. abbrev. miss.*

por su Verbo, como los santificó destinándolos al sacrificio, los vivificó transformándolos en el cuerpo y sangre de Jesucristo, los bendijo haciéndoles fuente de bendiciones para toda su Iglesia, y los distribuyó por último á los fieles en la comunión; asimismo nos cree colocándonos en el número de sus elejidos, nos santiúque separándonos de la masa corrompida, nos vivifique dándonos una nueva vida de gracia en Jesucristo y por último nos bendiga, haciéndonos participantes de su cuerpo y de su sangre por la sagrada comunión. Y todos estos favores la Iglesia los pide *per ipsum*, es decir, por los méritos de Jesucristo; *cum ipso*, es decir, uniéndonos á nuestro Salvador por su gracia; *in ipso*, esto es, unidos á su cuerpo como miembros de él, pues Dios únicamente recibe como suyos á los que están unidos á Jesucristo. (1). »

Si el sacerdote hace tres veces la señal de la cruz sobre la hostia y el cáliz juntos, diciendo: *por quien los santificas, vivificas y bendices*, es para demostrar que los frutos de la *ofrenda*, de la *consagración* y de la *comunión* del sacrificio nos vienen del árbol de la salud, donde Cristo fué inmolado por vez primera..

Vuelve entonces el sacerdote á tomar el cáliz sobre el cual hace con la hostia otras tres cruces, con el objeto de recordar que *toda honra y gloria es dada por Jesús crucificado y en Jesús crucificado al Padre omnipotente, en unidad del Espíritu Santo...*

Al pronunciar estas palabras: *toda honra y gloria*, el oficiante, como para decir que esta honra y gloria suben á la faz del Eterno, eleva un poco y á la vez el cáliz y la hostia; es la *pequeña elevación* que el monaguillo anuncia con un toque de campanilla..

Después de haber vuelto á cubrir el cáliz, el sacerdote dice en voz alta: *en todos los siglos de los siglos*. Estas palabras no empiezan el *Pater noster*, como se podría creer: se les ha unido á él sólo porque se recen en voz alta, ó se canten como la Oración dominical; pero á decir verdad, pertenecen aún á las oraciones del *cánon*, que terminan. Estas mismas palabras significan, al principio del *cánon*: El cielo va á abrirse, Dios está próximo á descender entre nosotros, se nos dará la eterna bienaventuranza; y al fin: El cielo está abierto. El Señor está con nosotros, se nos ha adquirido la eterna bienaventuranza...

(1) *Explic. abbrev. miss.*

Amen, es verdad, poseemos al Criador de los ángeles y de los hombres, al Cordero de Dios que borra los pecados del mundo, á la Víctima de la salud que abre la puerta del paraíso. ¡Ojalá podamos gozar nosotros sus delicias, *en los siglos de los siglos!*

PERORACIÓN. — « Recientemente, hermanos míos, los jóvenes de un pueblo rural de Borgoña, muy poco cristiano por desgracia, idearon reemplazar la asistencia á la misa mayor del domingo, por los preparativos de un gran baile proyectado para festejar á su manera el día que Dios se reservó... Quisieron luchar con los hermosos tañidos de las campanas que llamaban á misa á los fieles, oponiéndoles las detonaciones de una mala caja que llenaban de pólvora... Los primeros disparos salieron muy bien, mas; ay! en el momento en que el repique de la campana de la parroquia anunciaba la *elevación*, produjose una explosión terrible; la caja saltó á pedazos; dos jóvenes fueron heridos de muerte y otros cuatro más ó menos gravemente heridos. No intentamos describir el estupor de los habitantes (1)... »

Esta parroquia, que por un sentimiento de caridad no se nombra, de seguro que jamás oyó plática alguna sobre la necesidad de asistir bien á la misa dominical, tan elocuente como este aterrador castigo. Es el relámpago de la sabiduría infinita que derramó la luz; el trueno de la venganza divina fué quien hizo el reproche. No olvidéis, cristianos, lo que acabais de oír, y pocas veces faltaréis por culpa vuestra, los domingos, al Sacrificio adorable. Así sea...

(1) *Grains de Sénevé*, 3 marzo 1880.